

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 24 de Junio de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 614

El poder de la voluntad

La experiencia diaria de la vida nos demuestra cómo la verdadera educación práctica y los elementos más sólidos de cultura no se aprenden en las escuelas, colegios y academias; es en el escritorio del comerciante, en el taller del industrial, en el bufete del abogado y en el campo del agricultor, en donde el hombre adquiere el dominio sobre sí mismo, o sea todo aquello que tiende a disciplinarlo y adaptarlo para el cumplimiento de sus deberes.

Las biografías de los grandes hombres y especialmente de los hombres buenos y virtuosos, son el mejor estímulo para nuestro perfeccionamiento, pues nos enseñan un modo de vivir noble, una manera de pensar muy elevada y una acción enérgica para el propio bien y el de los demás. Los ejemplos de un propósito paciente, de una labor constante y de una integridad inmutable, llegan a formar un carácter verdaderamente superior y nos demuestran lo que cada uno puede reali-

cultades poderlo hacer; ilustrándonos elocuentemente sobre la eficacia del respeto propio, y haciéndonos ver cómo el hombre de la más humilde posición social puede labrarse por sus méritos una honrosa y holgada fortuna y una sólida y bien adquirida reputación.

La actividad y la energía, son las dos vías que conducen a la riqueza; que alcanzan la cultura propia y que obtienen el éxito en los negocios. Hasta los hombres que han nacido en elevada cuna no alcanzarán una valiosa y sólida reputación, si no ponen de su parte una activa y enérgica labor; una herencia de bienes materiales puede legarse, pero una herencia de conocimientos y sabiduría no. Un hombre rico podrá pagar a otros para que hagan por él su trabajo, pero no conseguirá jamás que otro piense y conciba por él.

Las riquezas y el bienestar no son necesarios para la cultura del hombre ni inducen a luchar contra las dificultades, ni despiertan tampoco esa conciencia íntima del poder de la voluntad, que tan necesaria es para la acción enérgica y eficaz de la vida. Lejos de ser la pobreza una desgracia, se convierte en un bien, pues ella anima al hombre en esa lucha por la existencia en la cual, si bien es verdad que algunos compran el bienestar con la degradación, en cambio el hombre recto y pundonoroso encuentra el triunfo.

Las riquezas son una tentación tan grande para entregarse al ocio y a los gozos, a que los hombres son tan inclinados por naturaleza, que es tanto mayor la gloria de aquellos que, nacidos en medio de una gran fortuna, toman

sin embargo una parte activa en la obra de su regeneración moral, y renunciando a la vida de delicias, y de holganza que su posición les brinda, prefieren vivir una vida de labor constante para procurar su perfeccionamiento y el de sus semejantes.

El carácter humano es modelado por las influencias que lo rodean, por el ejemplo y el precepto, por la sociedad en medio de la cual vive, lo mismo que por las disposiciones de nuestros antepasados, cuyo legado de buenos consejos heredamos. Pero por grandes e incuestionables que se reconozcan ser estas influencias, es sin embargo igualmente claro que los hombres tienen que ser los agentes activos de su propio bienestar y prosperidad, y que, cuanto fuere, lo que el sabio y el bueno puedan deber a otros, tienen que ser ellos mismos sus mejores auxiliares en la naturaleza de las cosas.

S.

¿Por qué llora la Virgen?

Llora la Virgen sin mancha,
Llora mi madre querida.

Al Hijo, que Ella dió el ser;
Y dulcemente mirándose
Me dice con triste acento:
¡Hijo! ¡Mira mi tormento!

¿En qué te puedo ofender?
¡Casta, inocente paloma,
Candorosa criatura,
Madre de inmensa dulzura,
La de mejor corazón!

Confundido por mi crimen,
Llenos de llantos los ojos,
Yo te suplico de hinojos,
Que me concedas perdón.
Si atravesé con puñales,
Forjados en el Averno,
Tu corazón, el más tierno,
Que no sabe más que amar,
¡Cuánto me pesa, Señora!
¡No llores más, oh María!
Madre... mil vidas daré,
Por no verte a tí llorar.

A. C.

Lean los blasfemos

La amenaza del Cura

El hecho que referimos, es completamente histórico. Sucedió en un pueblo de la montaña; la región no lo nombramos por vivir todavía la madre del desdichado protagonista de esta historia.

En ese pueblo vivía un mocetón robusto y rollizo, pero de corazón perverso como él solo. Tan feamente hablaba, que ya desde pequeño todos los chicos del pueblo evitaban su trato y compañía. No eran solo malsonantes palabrotas las que salían de aquella inmundicia boca, sino también repugnantes blasfemias y todo en tanto se podría esperar de un oculto salvaje.

Un día el Cura párroco del pueblo envió por él. Resistíase el chico a ir,

pero al fin obedeció a su madre, que llorando le pedía no dejase de acudir al llamamiento del Cura.

De mala gana se presentó el blasfemo chico en la casa del párroco en ademán muy desuave.

—¿Qué deseaba?—preguntó con desvergonzado tono.

—Deseaba verte, porque no acabo de creerme lo que de tí me cuentan.

—¿Qué le dicen?

—Me dicen que eres un blasfemo.

—Y le han dicho la verdad. Si, lo soy. Y ¿qué?—repuso el blasfemo en mal tono y sin un átomo de vergüenza en la cara, soltando al mismo tiempo una mala palabrota para atemorizar al buen Párroco.

Pero éste, en vez de atemorizarse siguió haciéndole reflexiones.

—Basta ya—gritó el malandrín.—Hartos sermones tengo oídos. ¿Qué importa que blasfeme o no?

—Importa ofendas a Dios y a los hombres. Además del pecado gravísimo que cometes, haces que ninguno te mire con buenos ojos por mal educado.

—Me provoca a risa eso que dice V. del pecado.

—No te provocará a risa cuando estés quemándote y tostándote en el infierno.

—El fuego, que a mí me tostará, aún está por encender—concluyó el granuja con mala manera.

Ahí terminó aquella entrevista.

Desde aquel día empezó a hacer burla de los avisos amorosamente dados a él por el Reverendo Párroco. Por tabernas y cafés explicaba su entrevista con el Cura, haciendo mofa al mismo tiempo de la predicción de aquel santo varón acerca de quemarse eternamente.

No todos le acompañaban en tales bromas, porque en aquel pueblo aún la gente indiferente apreciaba al bondadoso Cura y le respetaba como convenía.

Aviso del Cielo

Llegó la noche de S. Juan y con motivo de las tradicionales hogueras que se encienden en tal noche, el blasfemo seguía haciendo broma de las predicciones del Cura, burlándose de él.

Cuando con los demás mozos del pueblo, se disponía a saltar los fuegos, decía en son declamatorio:

—Ahora verán, señores, como se cumple lo que el curita me profetizó. Voy a lanzarme al fuego.

Esto dicho saltaba una y otra vez la hoguera.

Peró una de estas veces, fuera por tomar mal la distancia, fuera porque Dios quería darle un amoroso aviso, es lo cierto que, en vez de ir a caer al otro lado, cayó en medio del fuego.

El malaventurado dió un grito de susto y dolor; los vecinos y espectadores acudieron con presteza a sacarlo

de las llamas logrando salvarlo sin grandes esfuerzos.

De las resultas le quedó alguna que otra quemadura en las manos y en los pies.

Los presentes le hicieron reflexiones, diciéndole que aquello era aviso del cielo, pero él, blasfemando como un demonio, dijo que ahora hablaría peor que antes.

Se consuma el castigo

Pasó un mes justo. Era el 24 de Julio, y el blasfemo hubo de llevar un carro lleno de paja a la villa. Apenas empezó la marcha, cuando comenzó a llover torrencialmente y hubo de cubrir la paja con grandes mantas.

El iba en la cima del carro todo embozado en una manta.

A la mitad del camino estaba, cuando encontró otro carretero, al cual en tono de mofa dijo:

—Ahora quisiera que el Cura me viera. El dijo que me tostaría, pero lo que es ahora, todo lo contrario me acontece; porque estoy mojado como una esponja.

Dicho esto estalló en una carcajada, pero de la carcajada en la carcajada te brilló un rayo y sonó un horripilante trueno. En seguida el carretero vió que del carro del blasfemo se levantaban grandes llamaradas.

El rayo de tal modo atóndolo al infeliz que de ninguna manera pudo escapar.

El carro, es verdad, corrió en seguida a socorrerlo pero ya era tarde.

La paja completamente encendida, carbonizó al infeliz, mientras el caballo espantado y desbocado, habiendo podido romper las ligaduras, corría como alma que lleva el diablo hacia el pueblo.

El carretero, que lo presencié, lo refiere punto por punto a toda la genta y aún lo cuenta para ejemplo de los que mal hablan y son blasfemos.

No hay mal que por bien no venga

A la categoría de axioma puede elevarse este vulgar adagio. En efecto, si nos fijásemos en la experiencia de todos los días, no solamente de lo sucedido con nosotros, sino de lo que acontece a los demás hombres, nos convenceríamos de que no hay daño por grande que sea o nos parezca, soportado con resignación cristiana, que no se transforme, tarde o temprano, en un verdadero beneficio.—Por consiguiente, muy consoladora es la idea que nos sugiere este adagio de la bondad de Dios en todas las circunstancias de la vida; porque vemos claramente que nos ama tanto que nunca permite un mal sino para bien nuestro. Supongamos